

Santiago Roncagliolo

El pastor y los lobos





Seix Barral Biblioteca Breve

Santiago Roncagliolo

El pastor y los lobos

I

La historia de este libro comienza en Chile, durante un viaje del papa Francisco en enero de 2018, y termina en Roma, poco después de su muerte.

En el momento del viaje a Chile, Francisco era uno de los pontífices más populares en dos mil años de historia de la Iglesia católica. A diferencia de su antecesor, de todos sus antecesores, Francisco no proyectaba una imagen pública pomposa ni solemne. Al contrario, era un argentino sonriente y conversador. Se ponía sombreros mariachis y penachos de plumas. Se fotografiaba con Spiderman. Y, algo inaudito, hacía chistes frente a la cámara.

Como este:

—San Antonio es el patrono de las chicas que buscan novio. Pero ellas le rezan dependiendo de su edad. A los veinte años, le piden a san Antonio que el novio venga, que tenga y que convenga. A los treinta, que venga y que tenga. A los cuarenta, ya solo que venga, como sea.

Parecía un progresista moderno, al menos tanto como puede parecerlo un papa, que tampoco es un líder *queer*.

Al principio de su pontificado, «progresismo» significaba sobre todo tratar bien a los divorciados. Para el catolicismo, el matrimonio es una unión certificada por Dios. Yo, hijo de divorciados, asistí a un colegio católico. Recuerdo perfectamente a los sacerdotes hablando de mis padres como si fuesen

delincuentes. Según esos curas, Papá y Mamá no podían recibir la comunión en misa ni volverse a casar con nadie. Como la Iglesia no aprobaba el sexo fuera del matrimonio, tampoco podían volverse a enamorar. Estaban cruelmente condenados a la soledad. O al ateísmo. Si algo los alejó de la religión fue la prohibición de equivocarse, la obligación de pasar toda la vida con alguien a quien ya no quieres, la necesidad de ser perfectos.

El papa argentino pensaba diferente:

—Las personas que se han divorciado no necesitan que les digan que es algo malo. Necesitan recuperarse y reconstruir sus vidas nuevamente. La Iglesia debe estar a su lado y mostrar misericordia.

Semejantes opiniones causaron gran escándalo entre los sectores más conservadores del catolicismo. Altas autoridades de la Iglesia expresaron su rechazo con una energía nunca vista tratándose de su líder supremo. Durante los primeros años de su pontificado, Francisco libró esa batalla, que pronto parecería de una inocencia conmovedora o, peor aún, de una alienación insoportable.

No se daba cuenta de que el problema *ahí afuera* ya era otro.

Chile le abriría los ojos, y lo haría con tenazas. En ese país, durante la segunda década de este siglo, se destaparon con gran trauma los abusos sexuales de Fernando Karadima, hasta entonces, un sacerdote muy conocido en el país, un santo para sus seguidores. Formador de cinco obispos, Karadima atiborraba sus estanterías con fotos del papa Juan Pablo II y se ufanaba de su anticomunismo radical y excelentes relaciones con la sangrienta dictadura de Augusto Pinochet y también con la élite económica de su país.

Los ricos de Chile confiaban tanto en Karadima que le entregaba a sus hijos para que los formase espiritualmente. Aunque, a algunos de ellos, él los usaba para satisfacer apetitos más terrenales. Sobre todo, le gustaban los *niños bien* con carencias paternas. Las madres buscaban un ejemplo moral... y Karadima les ofrecía uno inmoral. Los chicos buscaban dirección para sus almas y él esclavizaba sus cuerpos.

Uno de ellos, Juan Carlos Cruz, ha escrito un libro con su testimonio. Cruz había asistido a un exclusivo colegio de la Holy Cross y su padre había fallecido. Lo tenía todo para ingresar en el círculo íntimo del líder. Haré la historia corta: durante ocho años, Cruz fue besado, tocado, masturbado y penetrado por Fernando Karadima. También torturado psicológicamente. Resistirse despertaba la cólera del sacerdote. Huir era imposible. En su familia, en su clase social, Karadima tenía el poder de destruirlo.

Por este testimonio y muchos otros, Karadima jamás cumplió una condena penal. Aunque la judicatura chilena consideró probados los cargos, los crímenes habían prescrito.

Para contener el escándalo, el papa previo a Francisco, Benedicto XVI, había condenado al abusador a una vida de «oración y penitencia», una especie de exilio apartado de cualquier exposición pública, en algún lugar lejano que no se dio a conocer. Pero ni siquiera lo había expulsado del Estado clerical. Karadima siguió siendo un sacerdote, aunque uno escondido. El Vaticano pensó que con eso sería suficiente. Que todo quedaría olvidado.

Total, el problema son los divorciados. Qué horror, los divorciados.

Para 2015, el siguiente papa, Francisco, daba por cerrado el tema de Karadima. Y no tuvo empacho en nombrar obispo a Juan Barros, uno de los sacerdotes más cercanos al abusador, acusado de encubrir sus crímenes. Un obispo es una especie de gobernador espiritual, el jefe eclesiástico de una jurisdicción llamada «diócesis». A Barros le correspondía la diócesis de Osorno.

El nombramiento parecía una provocación. Juan Carlos Cruz cuenta en su libro que Barros se besaba con Karadima y compartía con él los secretos de confesión de los demás discípulos. Con total crudeza, Cruz declaró a la prensa de su país:

—Juan Barros estaba parado ahí, mirando, cuando me abusaban a mí. No me lo contaron. Me pasó.

Durante la ceremonia del nombramiento de Barros se produjo una batalla campal. En el exterior del templo, se congregaron centenares de manifestantes con globos negros y letreros pidiendo la renuncia del obispo. Uno de ellos decía «Osorno no es un basurero».

A la protesta se sumaron feligreses, diputados, sacerdotes y obispos de todo Chile. Nada de eso impidió a Barros convertirse en obispo.

Tres años después, en enero de 2018, durante su viaje pastoral a Chile, Francisco no esperaba mayor debate. Se limitaría a celebrar misas en explanadas amplias —como el gigantesco parque O'Higgins—, a reunirse con autoridades —en el Palacio de la Moneda, sede de gobierno—, a visitar centros de culto —la catedral, un par de santuarios— y a llevar esperanza a gente que sufre —las reclusas de una cárcel femenina—. Como de costumbre, saludaría desde un papamóvil blanquísimo a una multitud de familias, monjitas y banderas blanquiamarillas del Vaticano. Todo estaba medido para ser popular, bonito, amable.

En un alarde de inconsciencia, el Santo Padre se negó a hablar con las víctimas de los abusos de Karadima. Como si fuera poco, se hizo acompañar en apariciones públicas por el obispo Barros. Nada menos. No solo parecía indiferente ante los abusos sexuales. Parecía orgulloso de su obispo.

En una de sus apariciones públicas, mientras el pontífice saludaba fieles y encajaba bendiciones, una periodista le preguntó al respecto. Detrás de una reja, rodeado por guardaespaldas y sacerdotes, como acorazado contra la realidad, el papa respondió visiblemente enfadado:

—El día que me traigan una prueba contra el obispo Barros, ahí sí que voy a hablar —dijo—. No hay una sola prueba en su contra. Todo es calumnia, ¿está claro?

Fue entonces cuando estallaron las protestas.

Se produjeron doce atentados contra iglesias de Chile. Algunas fueron quemadas, otras dañadas, la mayoría pintadas con grafitis de «pedófilos» o «cómplices». En la iglesia

Santa María de Hungría de la comuna Estación Central de Santiago, los vándalos echaron combustible sobre el portón de madera y le prendieron fuego. La de la Recoleta, en el norte de la capital, fue atacada con un artefacto explosivo que hizo añicos las ventanas y descerrajó las puertas. La bomba de la capilla Cristo Vencedor de Peñalolén abrió un forado en la pared.

En varios de los templos siniestrados, los atacantes dejaron caer el mismo panfleto amenazante:

—¡PAPA FRANCISCO LAS PRÓXIMAS BOMBAS SE-
RÁN EN TU SOTANA!

Si el papa no escuchó las bombas ni supo de los incendios en los templos, al menos llegaron esas noticias a sus oídos porque las protestas callejeras hostigaron sus actos públicos. En muchas de esas manifestaciones, tuvo que intervenir la policía antidisturbios.

El viaje a Chile pasaría a la historia como el peor error de Francisco, el papa simpático, el de los chistes, el que pedía amar a la gente que sufre, pero solo si los causantes del sufrimiento no trabajaban para él.

«La incuestionable popularidad del papa comenzó a debilitarse —señaló el diario *La Tercera* de Chile y, citando a un corresponsal francés, añadió—: sus partidarios superan ampliamente a sus detractores, pero eso puede estar a punto de cambiar».

Las imágenes aéreas de sus misas y ceremonias mostraban amplios espacios vacíos.

El cardenal Sean O'Malley, jefe de la Comisión Pontificia para la Protección de Menores, asesor papal y arzobispo de Boston, declaró abiertamente contra su propio jefe:

—Es comprensible que las declaraciones del papa Francisco han sido motivo de gran dolor para los sobrevivientes de abusos sexuales cometidos por el clero o algún otro perpetrador.

La prensa internacional consideró unánimemente el viaje como el primer fracaso y la primera crisis del pontificado.

La aparente indiferencia del Santo Padre hacia las víctimas causaba bastante indignación por sí misma. Pero, sumada a la actitud bonachona de Francisco, su buen rollo aperturista y su insistencia en calmar el sufrimiento, parecía reflejar algo peor, algo de lo que se ha acusado a la Iglesia católica muchísimas veces:

La más brutal hipocresía.